



Bob Shaw

Uno de los más excelentes entre los jóvenes escritores del género de Ciencia-Ficción.

El palacio de la eternidad

BOB SHAW



El libro cuenta la historia de una guerra interestelar. El héroe, Mack Tavernor, es un terrestre que vive en un planeta alejado de las rutas comerciales de la Federación Terrestre. Mack resulta ser un veterano de la guerra que los terrestres mantienen con los psitcanos, una raza alienígena que persigue nuestro exterminio. El ex-soldado, cansado de la guerra contra los Sycanos, que ha durado ya cuarenta años, ha vuelto a su hermoso mundo para tomarse un respiro. Sin embargo, la guerra le seguirá hasta allí. Tavernor se horroriza cuando llega a Mnemosyne una fuerza militar y reduce el amado bosque a «una llanura brillante y lisa como el vidrio». Ya había visto algo parecido en otros planetas, donde las fuerzas cada vez más despóticas de la Tierra Imperial habían vuelto sus sofisticadas armas contra los rebeldes humanos.

En la segunda parte el autor llega a darnos un cuadro de como podría ser posible una post-humanidad a través de un recurso astuto: vida después de la muerte pero no como espíritus, sino como energía (los egones), y como se relacionaría con nosotros, los vivos.

El palacio de la eternidad (1969) tiene algo de la ingenuidad y de la seducción de una novela de los años cincuenta, como por ejemplo *Anillo alrededor del Sol*. Las caracterizaciones son brillantes, las especulaciones científicas y técnicas son convincentes, y, sobre todo, las imágenes y metáforas son memorables.

*Alguien habrá todavía,
Que aspire con debidos pasos,
A poner sus manos en la dorada llave,
Que abre el Palacio de la Eternidad...*

MILTON

Primera Parte - Los humanos

Capítulo 1

A DESPECHO de todos sus esfuerzos, Tavernor era incapaz de permanecer en el interior de su vivienda cuando el cielo se encolerizaba.

La tensión nerviosa le había estado haciendo un nudo en el estómago durante toda la tarde y el trabajo de reparación en la turbina de la embarcación había ido creciendo en dificultades progresivamente, aunque el bien sabía que se debía simplemente a que su concentración estaba fallando. Finalmente, dejó de lado su soldador de pistola y apagó las luces sobre el banco de trabajo.

Inmediatamente se produjo un alboroto nervioso entre los enjaulados seres de alas de cuero, en el lado opuesto de la larga habitación. Aquellas macizas criaturas parecidas a murciélagos se afectaban mucho y les disgustaba cualquier súbito cambio en la intensidad de la luz. Tavernor se aproximó a la jaula, acariciándola con las manos, sintiendo los alambres vibrar como cuerdas de arpa bajo sus dedos.

Aproximó el rostro a la jaula, aspirando el aire fresco que producía el batir de las alas de aquellas criaturas, proyectando sus pensamientos hacia aquellos mamíferos chirriantes, de ojos plateados.

«Tened calma, amiguitos. Todo va bien... Todo va bien»...

El clamor existente en el interior de la jaula cesó al instante y las criaturas de alas de cuero volvieron a sus perchas, con las gotitas de mercurio de sus brillantes ojos mirándole con atisbos casi de inteligencia.

«*Eso está mejor*», murmuró Tavernor, convencido de que las facultades telepáticas de aquellas criaturas habrían captado el sentimiento de su amistoso mensaje.

Cerró la puerta del taller tras él, cruzó el cuarto de estar y salió del edificio de un solo piso en que vivía, en aquella cálida noche de octubre. El año en Mnemosyne tenía casi quinientos días, no existiendo virtualmente estaciones; pero los hombres habían llevado su propio calendario al espacio. Allá en la Tierra, en el hemisferio norte, los árboles estarían cambiando sus hojas a un color de cobre y oro, y así ocurría en octubre en Mnemosyne y en otros cien mundos colonizados.

Tavernor comprobó el tiempo en su reloj de pulsera. Menos de cinco minutos para irse. Sacó la pipa del bolsillo, la cargó con unas húmedas y olorosas hebras de tabaco y la encendió. Las puntas de las hebras surgieron encendidas hacia arriba y Tavernor las presionó con la yema del dedo endurecida por el trabajo, calmándose a sí mismo con los ritos de la paciencia. Se apoyó a oscuras contra la pared de la casa, mientras que el humo se esparcía por el aire de la noche. Tavernor se imaginó la fragancia del tabaco llegando hasta los nidos y escondites de aves y animales en los bosques circundantes, tratando de pensar qué idea tendrían de ello sus habitantes. Apenas si habían tenido un centenar de años para acostumbrarse a la presencia humana en su mundo y con la excepción de los de alas de cuero habían mantenido una reserva sombría y expectante.

A los dos minutos antes de las 0:00 horas, Tavernor dedicó su atención al cielo. Los cielos del planeta Mnemosyne eran muy diferentes a los de cualquier planeta que hubiera jamás visitado. Muchas edades geológicas antes, dos grandes lunas habían orbitado por ellos acercándose una a la otra más y más hasta llegar a una colisión.

Las trazas de aquel impacto cósmico podían ser halladas por todos los cráteres; sin embargo, la mayor evidencia residía en el propio cielo. Todo un caparazón de fragmen-

tos lunares, muchos de ellos todavía lo bastante grandes para que, con la irregularidad de su conformación, fuesen visibles a simple vista en constante deriva sobre la suave luz de las estrellas como fondo, formaban una cortina que alcanzaba de un polo a otro. La pauta de sus brillantes formaciones nunca se repetía a sí misma y como añadidura al espectáculo, se hallaba el hecho de que aquella pantalla era lo bastante densa para que se sucediera una constante serie de eclipses. Conforme la sombra del planeta Mnemosyne se desplazaba en el espacio, grupos de pequeñas lunas pasaban desde el blanco a los demás colores del espectro hasta desvanecerse en la negrura, para reaparecer después y para repetir la misma gama de colores a la inversa. El total de la luz dispensada equivalía, a una luna normal; pero como se hallaba en forma difusa, procediendo de todos los lugares del cielo, no existían sombras, sino un ambiente suavemente plateado.

En un cielo semejante, incluso una estrella de primera magnitud resultaba difícil de apreciar; pero Tavernor sabía exactamente dónde mirar. Sus ojos se dirigieron rápidamente a la bella y esplendorosa lucecita vacilante de la estrella Neilson. Casi a siete años luz de distancia, parecía perdida en el calidoscopio del cielo nocturno de Mnemosyne; pero su insignificancia iba a ser pronto una cosa del pasado.

Conforme los segundos finales iban pasando, crecía la tensión nerviosa interna de Tavernor hasta hacerse insoportable. Después de todo, lo sucedido había tenido lugar siete años atrás.

«*Estoy prestando demasiada atención a esto*», —se dijo a sí mismo. Aquello había sucedido cuando el Cuerpo de Ingeniería Estelar de la Tierra (la enorme egolatría del título nunca dejaba de desalentar a Tavernor) había seleccionado la estrella Neilson, notando con aprobación que era del tipo clásico para su propósito. *Una binaria próxima*, habían difundido los informes popularizados al respecto. *La com-*

ponente principal, gigante en la secuencia del diagrama de Hertzsprung-Russell, y la secundaria, pequeña y densa; planetas, ninguno. Pronóstico para modificación, excelente. Aquello sucedió cuando las enormes naves en forma de mariposa del Cuerpo llegaron como un enjambre sobre sus alas magnéticas, rodeando aquel gigantesco cuerpo celeste condenado a ser destruido, lanzando sobre él, el terrorífico poder de los rayos láser, disparando torrentes de energía en la frecuencia de los rayos gamma, hasta que el influjo alcanzó intensidades insoportables, y hasta... Los dientes de Tavernor apretaron la pipa conforme la casa, con el mismo efecto instantáneo de una habitación a oscuras en la que se enciende una lámpara, los bosques circundantes, las cadenas montañosas de la lejanía y todo el cielo, en fin, aparecieron bañados de una terrible luz blanca. Procedía de la estrella Neilson; que entonces era un punto de luz tan cegador que obligaba a los ojos a apartarlos de ella. Incluso a la distancia de siete años luz, la furia inicial de la nova podía achicharrar la retina de un ser humano.

«Perdónanos», —pensó Tavernor—, «por favor, perdónanos.»

El bosque permaneció en calma durante unos instantes, como inmovilizado por aquel espantoso impacto intangible de la nova, para inmediatamente conmovirse hasta sus cimientos en protesta contra aquel suceso innatural. Millones de alas batieron el aire en una especie de explosión difusa. El torrente de luz que caía de arriba desde el cielo transformado, parecía oscurecido momentáneamente conforme cada criatura capaz de volar se proyectaba en el aire, en busca de una desesperada seguridad o refugio. Su desafío a la gravedad dio a Tavernor la sensación de que era él quien se estaba hundiendo, y entonces el sonido le alcanzó. Gritos, chillidos, silbidos, rugidos, todo ello combinado con el batir de millones de alas, el de las hojas de los árboles, el de las patas de los animales que huían por todas partes, seguidos por... Un total silencio.

El bosque observaba y esperaba. El propio Tavernor se encontró aprisionado por aquella quietud fantasmal, reducido al nivel de una de aquellas criaturas del bosque de Mnemosyne, virtualmente sin mente, aunque teniendo, así y todo, en aquel momento el sentido de comprender la relación de la Vida con el continuo espacio-tiempo en una forma que los hombres no habían comprendido. Los vastos y transparentes parámetros del eterno problema parecían desfilarse sobre la superficie de la mente universal de la cual a él le pareció formar parte repentinamente. La Vida. La Muerte. La Eternidad.

El numen de las cosas. La panspermia. Tavernor sintió un intenso júbilo interior. La panspermia, el concepto de que la vida está diseminada por todos los rincones y componentes del Universo. La justificación para la creencia de que toda mente existente está ligada a cualquier otra mente que jamás haya existido. De ser así, entonces las novas y las supernovas eran solo bien comprendidas por los temblorosos habitantes de los oscuros escondites y refugios que le rodeaban.

¿Cuántas veces en nuestra propia Galaxia había estallado una estrella para convertirse en nova? ¿Un millón de veces? ¿Y en la eternidad de las galaxias?

¿Cuántas civilizaciones, cuántos incomputables miles de millones de vidas habían dejado de existir por el inconcebible estallido y muerte de una estrella? Y cada ser viviente, inteligente o no, en aquel último segundo, sirvió para alimentar el mismo mensaje en la mente cósmica panspérmica, haciendo posible a cada criatura que siguiera viviendo en las infinitudes del oscuro continuo. *Escucha, hermanito, si caminas; te arrastras, nadas en las aguas, te escondes en una madriguera o vuelas... cuando los cielos se llenan repentinamente de torrentes de luz, consigues tu paz, consigues tu paz...*

Tavernor sintió aumentar su júbilo interno, parecía hallarse en el umbral de la comprensión de algo importante, y

entonces, porque la emoción era un producto de su individualidad, se perdió el nebuloso contacto, con un acelerado anhelo de volver al estado normal. Y fue un momento de decepción; pero incluso aquello se desvaneció en algo menos que un recuerdo. Tavernor volvió a encender su pipa, e intentó acostumbrarse a la alterada apariencia de cuanto le rodeaba. Las declaraciones publicadas y difundidas por el Departamento de Guerra, habían expresado que la estrella Neilson durante dos semanas llegaría a ser aproximadamente un millón de veces más luminosa de lo que hasta entonces había sido, pero que aún así no llegaría a la milésima parte del brillo del propio sol del sistema del planeta Mnemosyne. El efecto era muy similar al producido por la luz de la Luna en la Tierra, según comprobó Tavernor. Solo lo repentino de su aparición había producido pavor, la sorpresa y el conocimiento de lo que pudiera suceder tras el fenómeno.

El sonido de una máquina de tierra aproximándose desde la dirección de El Centro perturbó la ensoñación de Tavernor. Prestando atención al ruido del motor, reconoció el coche costoso y de zumbiar suave de Lissa Grenoble, incluso antes de que sus faros mostraran la luz de color topacio a través de los árboles. Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Permaneció inmóvil hasta que el vehículo casi llegó a la casa, dándose entonces cuenta que estaba tratando deliberadamente de mostrar los atributos que más admiraba ella en él, su solidez temperamental, su autosuficiencia y su fuerza física.

«No hay hombre más tonto que un hombre de mediana edad presumido», —pensó Tavernor, al retirarse de la pared en que estaba apoyado.

Abrió la portezuela del vehículo en la parte destinada al pasajero y la sostuvo hasta que el vehículo tocó el suelo. Lissa le sonrió con su bella dentadura blanquísima. Como siempre, a la vista de la joven, Tavernor sintió un volcán en su interior.

Enmarcado por unos cabellos negros que le llegaban hasta los hombros, el rostro de Lissa aparecía con la nota dominante de una hermosa boca y unos enormes ojos grises. Su nariz estaba ligeramente respingada para formar el conjunto de una belleza clásica. Era un rostro que resultaba casi el arquetipo de la cálida feminidad, perfectamente armonizado con un cuerpo cuyo busto y muslos resultaban ligeramente más amplios de lo que exigía la moda corriente.

—El motor suena todavía muy bien —dijo Tavernor a falta de mejor cosa que decir.

Lissa Grenoble era la hija de Howard Grenoble, el Administrador Planetario; pero Tavernor la había conocido de la misma forma en que usualmente conocía a la gente en Mnemosyne; es decir, cuando le buscaban para reparar una máquina. El planeta se hallaba virtualmente desprovisto de depósitos de metal, y además ningún navío mariposa podía dedicarse a traer carga procedente de la Tierra fuera del cinturón de los fragmentos lunares o de cualquiera de los demás centros manufactureros. Y así, siendo la primera familia de Mnemosyne y la más rica, prefería pagar las repetidas reparaciones hechas a un vehículo que embarcarse en el fantástico costo de importar uno nuevo, sirviéndose de una nave-mariposa, una estación orbital o un reactor de línea.

—Pues claro que el motor suena bien —repuso Lissa—. Lo dejaste mejor que nuevo, ¿no es cierto?

—Sin duda has estado leyendo mi expediente de promoción —dijo Tavernor, halagado a pesar suyo.

Lissa dio la vuelta al vehículo, se aferró a un brazo de Tavernor y le atrajo hacia sí a propósito. Él la besó una vez, bebiendo en la increíble realidad de ella, en la forma en que un hombre sediento traga los primeros sorbos de agua. La lengua de Lissa estaba ardiendo, con un calor superior al que cualquier ser humano podía tener normalmente.

—¡Eh! —exclamó Tavernor apartándose de ella—. Has comenzado pronto esta noche.

—¿Qué quieres decir, Mack? —preguntó Lissa con un pícaro gesto.

—Las chispas. Has estado bebiendo chispas.

—No seas bobo. ¿Acaso huelo a chispas?

Tavernor comenzó a oliscar dudoso, echando pronto la cabeza hacia atrás al querer ella pellizcarle la punta de la nariz. El aroma volátil de los prados en verano, propio de las chispas, estaba ausente; pero él no se quedó por completo satisfecho. Tavernor no bebía jamás aquel líquido productor de sueños, prefiriendo el whisky; otra forma de recordarle que Lissa tenía diecinueve años y él treinta años más que ella. La gente ya no mostraba apenas su verdadera edad, y así casi no existía una barrera física entre ellos; pero a pesar de esto los años estaban insertos en su mente.

—Entremos —indicó Tavernor—. Vámonos fuera de la vista de esta luz fantasmal.

—¿Fantasmal? Pues a mí me parece romántica...

Tavernor frunció el ceño.

—¡Romántica! ¿Sabes lo que significa? —Y miró hacia arriba al intenso punto de luz y poco después, ya más fácilmente, al objeto en que se había convertido en el firmamento la estrella Neilson.

—Sí, por supuesto. Eso significa que están abriendo una ruta comercial de alta velocidad hacia Mnemosyne.

—No. —Tavernor sintió que volvía a sufrir una fuerte tensión—. La guerra viene por ese camino.

—Ahora eres tú el que te portas como un bobo.

Lissa le soltó el brazo y ambos entraron en la casa. Tavernor buscó el interruptor de la luz; pero ella se interponía a su mano, acercándosele de nuevo. Él respondió instintivamente y una parte de su mente que nunca dejaba la guardia, le sugirió entonces una idea en el torbellino emocional que estaba sufriendo.

«Éste es el más torpe intento de seducción que jamás haya visto».

Sintiendo algo parecido a un engaño, Tavernor se abstraía en sí mismo lo suficiente como para estar en condiciones de pasar revista a sus relaciones con Lissa Grenoble, desde el tiempo en que se habían conocido tres meses antes, hasta el momento presente. Aunque la atracción que ambos habían sentido había sido instantánea y mutua, la amistad había sido algo difícil, principalmente a causa de la diferencia de sus respectivas posiciones en la estructura social rígida y apretada de Mnemosyne. El nombramiento y el cargo de Howard Grenoble era tal vez el menos político de su género en la Federación, gracias a las numerosas peculiaridades del planeta, pero así y todo ostentaba el rango de Administrador y no se esperaba en modo alguno que su hija llegara a implicarse con...

—Piensa en ello, Mack —estaba diciéndole Lissa en un susurro. Diez días completos para nosotros en la costa sur. Los dos juntos...

Tavernor intentó enfocar su atención en aquellas palabras.

—A tu padre no le hará mucha gracia...

—No lo sabrá... Hay una exposición de pintura que se celebrará en el sur al mismo tiempo. Le dije que iría a verla. Kris Shelby está organizando el viaje y tú sabes que es la discreción misma...

—Quieres decir que se le puede comprar como a un bastón de goma...

—¿Qué es lo que pasa con nosotros? —le dijo Lissa con un leve tono de impaciencia en la voz.

—¿Y por qué estás haciendo esto? —Tavernor usó una calculada estolidez intentando irritarla—. ¿Por qué ahora?

Ella vaciló y después habló con una firmeza que Mack encontró extrañamente desconcertante.

—Te necesito, Mack. Te necesito y hay un límite para el tiempo que puedo esperar. ¿Es eso tan difícil de compren-

der?

De pie junto a ella en aquella confinada oscuridad, Tavernor sintió que su despego comenzaba a derrumbarse.

¿Por qué no?

Aquella idea comenzó a martillearle las sienas.

¿Por qué no?

Dándose cuenta de su capitulación, Lissa le rodeó el cuello con sus brazos y suspiraba satisfecha conforme él bajaba su rostro hacia el de ella. Finalmente, Tavernor hizo un esfuerzo, permaneció frío por un instante y empujó a la joven lejos de sí, súbitamente afectado de una fuerte irritación.

En la boca abierta de la chica, visibles solamente por la total negrura de la habitación, él había visto revolotear las doradas y diminutas burbujas de las chispas.

—No deberías haber impedido que encendiese las luces —comentaba Tavernor momentos más tarde, mientras conducía el vehículo hacia El Centro, siguiendo la rielante superficie de un gran arroyo del bosque.

—¡Mack! ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que pasa?

—Tu puedes hacer desaparecer el olor de las chispas con bastante facilidad; la luminiscencia es más difícil...

—Yo...

—¿Por qué haces eso, Lissa?

—Ya te lo dije.

—Por supuesto. Nuestra relación tan bellamente natural. Pero debías dejar primero de beber chispas.

—No veo qué diferencia puede haber con que tome un trago de vez en cuando.

—Lissa —dijo Tavernor con impaciencia—, si no vamos a ser honestos el uno con el otro, no hablemos más del asunto.

«Escúchame a mí», —pensó—. «Al viejo Tavernor».

Se produjo un largo silencio, durante el cuál Mack se concentró en conducir el rápido vehículo por el centro de la

corriente de agua. Los árboles de cada orilla aparecían por arriba bañados en una luz de plata procedente de la estrella Neilson y, en la parte baja, de oro por los potentes faros de la poderosa máquina, dándoles una visión de irrealidad. Unos árboles adornados con lentejuelas formaban una carretera de ensueño. Tavernor apretó el acelerador y el motor, tan finamente regulado, respondió inmediatamente.

Viajando casi a cien millas por hora, el vehículo salió como una flecha a la desembocadura de la corriente y hacia el mar, lamiendo el tope de las olas y convirtiéndolas en ondulantes penachos de blanca espuma que se desvanecía lejos de la popa del vehículo. El ancho y oscuro océano apareció ante sus ojos, y Tavernor sintió súbitamente la necesidad de escapar de la guerra que sabía que se le echaba encima, apretando el acelerador hasta el máximo, en línea recta, inscribiendo una brillante línea en las negras aguas del mar hasta que los motores se destruyeran, y él y lo que creía la vasta inmensidad de sus culpas...

—Esto es muy interesante —dijo Lissa con la mayor naturalidad—. La aguja del contador ha estado en el rojo todo el tiempo. Yo no he podido nunca hacerla pasar de la raya naranja.

—Eso ha sido antes de que yo pusiera el motor mejor que nuevo —contestó Tavernor agradecido, recuperando el control de sus sentidos. Entonces redujo la velocidad a una marcha más respetable y dio una fácil vuelta que les puso de cara a las luces de El Centro.

—Gracias, Lissa.

—¿Por qué cosa?

—Tal vez por nada; pero gracias, así y todo. ¿Adónde vamos?

—No estoy segura. —Lissa hizo una pausa y Tavernor permaneció pendiente de las palabras de la joven, dándole vueltas a sus propias sospechas—. ¡Ah, sí! ¡Ahora lo estoy! Me gustaría ir al bar de Jamaí.

—No sé, cariño —repuso Tavernor, instintivamente en guardia—. Dudo que pueda enfrentarme con esos condenados espejos retorcidos esta noche.

—¡Oh! No seas un viejo enano. Me gustaría ir al bar de Jamai.

Tavernor captó el ligero énfasis que creyó oír en la palabra «viejo» y se dio cuenta enseguida de que estaba comprometido en un oculto duelo, luchando con espadas invisibles. Lissa estaba intentando con lo que ella sin duda alguna consideraba como una gran sutileza, presionarle. Primero había sido el intento de una principiante para seducirle, ahora maniobraba para llevarle a un bar.

—De acuerdo, vayamos al bar de Jamai.

Tavernor se preguntó por qué había cedido tan fácilmente. ¿Curiosidad? ¿O sería a causa de tener treinta años más que ella y de que era demasiado viejo y experimentado para que ella lo manejase y en consecuencia estaba fallando en cierta forma que apenas si podía comprender? Mantuvo un silencio prolongado hasta que el vehículo subió por una de las rampas de El Centro y quedó aparcado en un lugar conveniente próximo a la orilla del mar. Lissa le tomó una mano, cuando salieron del coche y caminó muy cerca de Mack, intentando refugiarse de la brisa fresca y salada del océano, hasta encontrarse en el bulevar brillantemente iluminado que rodeaba, en un amplio espacio, la bahía. Las ventanas de los grandes almacenes dejaban escapar su brillo iluminado hasta perderse en aquel océano que daba la impresión de ser una entidad viviente que desafiara la realidad de que el Hombre no era más que un forastero recién llegado a aquel mundo. Mientras caminaba; Lissa le llamaba la atención acerca de determinados vestidos o joyas que le atraían profundamente, persistiendo en su acostumbrada pretensión de que era incapaz de permitirse el lujo de adquirir lo que le gustaba.

Tavernor apenas si prestaba atención. La rara conducta de Lissa le había hecho sentirse extrañamente molesto. Pa-